

## ¿Innisfree? ¡Por aquí!

*Oh, Innisfree, mi isla, regreso  
después de años baldíos, cruzando el mar invernal.  
Y cuando vuelvo a mi querida Irlanda,  
descanso a tu lado, «amor de mi corazón».*<sup>1</sup>

[*Oh, Innisfree, my island, I'm returning  
From wasted years across the wintry sea.  
And when I come back to my own dear Ireland  
I'll rest beside you, «gradh mochroidhe».*]<sup>2</sup>

Más o menos medio kilómetro antes de entrar en Cong, ya en el condado de Mayo, uno se encuentra con una senda abierta entre bosques de enormes árboles que lleva al casti-  
llo de Ashford, a orillas del lago Corrib. Es una construc-  
ción imponente levantada en el siglo XIII por una noble es-

1. Una de las diferentes letras con que se canta la popular canción de Dick Farrelly citada al final del capítulo anterior. En este caso se trata de la que canta Maureen O'Hara al piano, en una escena de la película *El hombre tranquilo*, junto a Barry Fitzgerald. Maureen O'Hara tenía una bellísima voz de mezzosoprano.

2. En idioma gaélico en el original.

tirpe anglo-normanda. Más tarde perteneció a la familia Guinness, el gran imperio cervecero irlandés, y hoy es un hotel de cinco estrellas.

Su perfil aparece en el inicio de *El hombre tranquilo*, la película de John Ford, mientras suena la música de *La isla de Innisfree*. De modo que entré en Cong como quien entra en la pantalla de un cinematógrafo a vivir una historia soñada, con la adecuada música de fondo sonando en el reproductor de CD del coche. Había cesado de llover y aparqué junto a un pinar en la vereda de entrada de Ashford. Bajé, me interné entre los árboles y cerré los ojos, deseando que, al abrirlos, estuviera allí delante Maureen O'Hara tal y como se muestra en su primera aparición en el filme: cuidando un rebaño de ovejas, con una blusa azul chillón, la fogosa falda encarnada, la melena roja al viento y una mirada que podría fundir los plomos de todo el castillo. Yo tenía unos diez años cuando vi por primera vez la película, en un cine madrileño de sesión continua cercano a mi casa, el Apolo. Y me enamoré perdidamente de Maureen O'Hara.

En el año 2009, el editor Pepe Verdes tuvo la idea de producir un libro colectivo que tituló *Querida*, en el que un grupo de autores literarios escribíamos una carta a una mujer. Podías elegir a tu novia, a tu esposa, a tu amante, a tu madre, a una mujer imaginaria, a la Virgen María..., a quien te diera la gana. Y yo escogí a Maureen O'Hara. Aquí va el texto, que explica muy bien mi relación con la película, con John Ford, con Irlanda y con mi viaje a Cong:

Querida Maureen: Ahora que te queda poco más de un año para cumplir los noventa, me gustaría escribirte una carta en cierto sentido amorosa. Cuando te conocí tenías treinta y cinco años y yo tan sólo diez. Por supuesto que

tú a mí no me conociste entonces ni me conoces ahora, ya que soy sólo uno de los millones de espectadores que te han visto actuar en *El hombre tranquilo*, aquella magnífica película de John Ford rodada en Irlanda en 1952, en la que interpretabas el papel de la fogosa Mary Kate Danaher. Calculo tu edad sobre el dato de que naciste en 1920, según leo en una enciclopedia de cine. Y aunque yo tenía ocho años cuando se estrenó el filme, no lo vi hasta dos años después; por eso digo que te conocí con diez. Creo que, a lo largo de mi vida, habré visto la película medio centenar de veces. Y nunca me has decepcionado. Eres la mujer más hermosa que ha sido jamás filmada por una cámara de cine, Maureen: para mi gusto, por encima de Greta, de Ava, de Brigitte, de Ingrid, de Angie y de Marilyn. Y como a ellas, en justo homenaje a la deslumbrante belleza de la naturaleza femenina, que es la más hermosa de todas las naturalezas, no hace falta ponerte apellido para saber quién eres.

Yo nací en Madrid en los días en que la ciudad pagaba con la pobreza y la intolerancia el costo de una terrible Guerra Civil. Recuerdo aquella urbe de los años cincuenta del pasado siglo como un escenario dibujado en blanco y negro, igual al de los noticiarios del cine que entonces llamaban NO-DO. Recuerdo el gris de las guerreras de los guardias, el caqui desvaído de los uniformes de los soldados, el azul oscurísimo de las camisas de los falangistas y el negro tenebroso de las sotanas de los curas. La gente olía mal y aquél era un Madrid de edificios en ruina, de numerosas calles sin asfaltar, de desmontes en donde todavía se mantenían en pie las casamatas de la batalla que llevaba el nombre de la ciudad y en donde permanecían abiertas las trincheras; un Madrid de miríadas de mendigos, de mutilados de guerra, de colas de hambre, de desfiles militares y de procesiones religiosas. Era un Madrid en el que casi todos

los mayores eran enemigos de los niños, en el que recibíamos golpes en la escuela si no aprendíamos el Catecismo de memoria y en el que debíamos cantar a coro los himnos fascistas y los del nacional-catolicismo. Pero cantar no era malo, después de todo, aunque no comprendiésemos el sentido de las canciones. Era aquél, en fin, un Madrid en el que hacía frío, mucho frío. La mía, en cierto sentido, fue una infancia de picor de sabañones.

También recuerdo, en esa infancia, que la mayoría de las mujeres, sobre todo las pobres, vestían de negro. Y una buena parte de ellas se cubrían el cabello con una gasa del mismo color. Ahora, cuando en los países de Occidente se discute sobre el uso del velo por parte de las inmigrantes musulmanas, me acuerdo de aquella España católica llena de mujeres cubiertas con pañuelos oscuros. Muchas, lo supe luego, eran viudas de guerra.

Y súbitamente, en mi infancia de grisura y tristeza, apareció el technicolor. ¡Qué technicolor el de los años cincuenta! Colores vivos y rotundos en la pantalla: azules virulentos, encarnados de sangre, verdes jugosos, amarillos fulgurantes... El blanco y negro del Madrid de la posguerra se desvanecía en la penumbra de la sala del cinematógrafo, en cuya pantalla brillaba una fiesta de colores plena de vitalidad. Daba lo mismo que la película fuese una tragedia de final infeliz: el color vencía sobre el drama. Y los espectadores, sobre todo los niños, salíamos a la calle con las pilas de optimismo recargadas, como si gritásemos a viva voz: «¡Pronto vendrá un mundo en technicolor!».

Quizá una de las primeras películas en color que vi fue *El hombre tranquilo*. La fui a ver junto con mis hermanos y algunos primos y estoy casi seguro de que era una tarde de domingo, un tipo de función conocido entonces como «de sesión continua», esas larguísimas sesiones de filmes ininterrumpidas que los adultos utilizaban para descansar duran-

te unas horas de los chavales, dejándolos en el cine con una bolsa de pipas de girasol en la mano.

Y de pronto apareciste, al poco de comenzar la película.

Sucedió así: Sean Thornton (John Wayne) viajaba en una carreta que conducía Michaelleen Oge Flynn (Barry Fitzgerald), camino del pueblo de Innisfree, cuando se toparon con el sacerdote católico, el padre Lonergan (Ward Bond). Sean se bajó del coche para dar un corto paseo y dejar hablar a solas a los otros dos hombres. Sean aprovechó para encender un cigarrillo, frotando una cerilla en la suela del zapato. Y se internó unos metros en un bosque, a uno de los lados de la senda. Mientras apagaba la cerilla y daba la primera calada al cigarrillo, levantó la cabeza y miró hacia el interior de la pinada. Sus cejas se alzaron en un gesto de asombro...

Y no era para menos. Allí delante estaba una pastora con su rebaño de ovejas, una chica de talle ceñido, larga falda encarnada de brillo de fuego, blusa de azul turquesa que dejaba al aire un trozo del marfileño cuello, ojos oscuros, boca encendida y cabellos rojos que parecían arder. En la mano llevaba un cayado.

La chica se giró y miró hacia Sean, curiosa y desconfiada, quizá prendada ya del forastero. Era Mary Kate Danaher (tú, Maureen), la hermana del brioso Will Danaher (Victor McLaglen), el hombre más fornido de Innisfree.

Allí terminó en cierta manera, para el niño que yo era —un chaval de diez años—, la triste posguerra madrileña.

Porque cada vez que iba a ver la película, me llenaba de asombro ver brillar en la pantalla el verdor de los campos de Irlanda y el azul intenso de sus ríos y del mar de la bahía de Galway, sobre un fondo de bellas, melancólicas y a veces desbocadas baladas irlandesas. Y me encendía seguir a Sean mientras le daba una merecida paliza a tu hermano «Red»

Will. Y cantaba junto a Michaelleen, al mayor Hugh Forbes (Charles Fitzsimmons) y a Owen Glyn (Sean McClory) la balada *The Wild Colonial Boy*. Y me reía de los apuros del padre Lonergan para pescar el gran salmón que siempre le esquivaba. Y me caían simpáticos la viuda Tillane (Mildred Natwick), enamorada secretamente del feo Will Danaher, y el reverendo Cyril Playfair (Arthur Shields), un clérigo protestante apasionado del boxeo.

Pero, querida Maureen, tú estabas por encima de todo y de todos ellos. Lucías bellísima con tu traje de chaqueta gris, el jersey negro de cuello alto y el gorro de borlón, cuando Sean te llevaba casi a rastras para devolvarte a tu hermano. Y probablemente eras una de las novias más guapas que se han visto el día de tu boda con Sean, cuando tu hermano le propina un artero puñetazo al descubrir el engaño tramado por todos contra él. Y desbordabas sensualidad cuando corrías descalza sobre un arroyuelo, quitándote las medias junto a las viejas ruinas de la iglesia derruida, con un vestido faldicorto de cuello con puntillas. ¡Y qué hermosura la tuya, con una blusa clara, tocando el piano y cantando *The Isle of Innisfree* con tu bonita voz de mezzosoprano, que yo no sabía entonces que era tu voz y que durante años pensé que era un doblaje!

No obstante, tu mejor vestuario, en esa y en todas tus películas, fue siempre, para mí, tu falda rojo fuego y tu blusa de furioso azul. Y tu mejor gesto, esa cara de mala uva y tus movimientos agresivos que recorrían más de medio filme. Creo que, a causa de ello, siempre me han gustado las mujeres que no se rinden. ¡Ay, el jarronazo que casi le das a tu hermano Will en medio de una comida con sus trabajadores, o el guantazo que le lanzas a Sean cuando te sorprende por la noche barriendo su casa, o el furor que destilas en el pueblo de Castletown cuando tu marido se niega a exigir

tu dote a tu hermano, o la rabia malamante contenida que deja ver tu mirada cuando Michaelleen, en la petición de mano, te llama «solterona».

Ahora ya estás cerca de cumplir los noventa y yo los sesenta y cinco. No sé en qué geografías andas: si vives en California, en donde creciste como actriz, o en Dublín, la ciudad en donde el mundo te vio nacer, sin duda asombrado de tu belleza. Ya sé que eres la única superviviente de aquel elenco de actores que interpretaron los principales papeles de *El hombre tranquilo*. E imagino que echarás de menos al gran John Ford, tu maestro y amigo. Yo también le lloré cuando murió.

Pero estés donde estés, siempre tendrás contigo, aunque no lo sepas nunca, la veneración y el agradecimiento de un hombre al que enseñaste, cuando era un niño, un mundo diferente y cargado de vitalidad, aquí en un Madrid rodeado de miseria y tristeza; un chico que aprendió de tu hermosura y también de tu mal genio a contemplar el mundo con optimismo.

¡Oh, Maureen: esa mirada tuya, desconfiada, curiosa, retadora y deslumbrante, aquella mañana en el bosque de Ashford, vestida de azul y rojo, con la llama de tus cabellos haciendo arder mi corazón de niño!

Abrí los ojos. Me rodeaba el silencio del pinar. Sentí una inmensa saudade, una honda nostalgia de la infancia.

*Deambulo sobre verdes colinas a través de valles soñados  
y encuentro la paz que no hallo en otros lugares.  
Oigo cantar a los pájaros músicas dignas de ángeles  
y contemplo a los ríos que ríen mientras fluyen.*

*Pero los sueños no duran, aunque nunca se olvidan,  
y pronto se vuelve a la cruda realidad.*

*Pero aunque aquí asfaltaran los senderos con polvo de oro,  
yo seguiría escogiendo mi isla de Innisfree.<sup>3</sup>*

*[I wander over green hills through dreamy valleys  
And find a peace no other land could know.  
I hear the birds make music fit for angels  
And watch the rivers laugh as they flow.  
But dreams don't last, though dreams are not forgotten,  
And soon I'm back to stern reality.  
But though they pave the footpaths with gold-dust,  
I still would choose my Isle of Innisfree.]*

Me hubiera gustado entrar en Cong como lo hizo John Wayne, guiado por Barry Fitzgerald:

—*Innisfree? This way!*<sup>4</sup>

Pero lo hice en mi coche y solo.

Brillaba un tibio sol de fines de estío y los jardines del pueblo refulgían por las lluvias de las horas anteriores. Cong es una localidad pequeña, bonita y limpia, de casas bajas entre las que corre un manso río que lleva el mismo nombre que la población. Junto a las ruinas de una iglesia medieval, se extiende una ribera sembrada de hierba, a la sombra de árboles altos y frondosos. Allí es donde le dio John Wayne a Victor McLaglen uno de los más imponentes puñetazos que se han propinado nunca en la historia del cine, durante la gran pelea final del filme, tirándolo al río.

El pueblo parece un parque temático en homenaje a la

3. *La isla de Innisfree* con la letra de Dick Farrelly.

4. La traducción al español de la frase, en la primera versión de la película, fue: «¿Innisfree? ¡Por aquí!».



película de John Ford y todos los años, especialmente en los veranos, miles de turistas acuden a visitarlo. Esa mañana había varios autocares aparcados cerca de la plaza principal y decenas de viajeros recorrían las calles de la localidad fotografiando todo cuanto podía recordar al filme: la casa en donde vivía el reverendo Playfair, el *cottage* que acoge el museo de la película y que es una réplica de la casa del protagonista Sean Thornton, la carretera que lleva a Ashford por la que corrían en una bicicleta de doble silla y pedal Maureen O'Hara y John Wayne y otros lugares que aparecen en el largometraje. Los nombres de la película bautizan, además, a hostales y pubs, como el B&B The Quiet Man y la taberna Danaher.

Pero el sitio favorito de los visitantes es el pub de Pat Cohan, en la plaza principal del pueblo, allí donde se reunían los hombres de Innisfree para beber y cantar y en donde Will Danaher recibe el último puñetazo de Sean Thornton que pone fin a la pelea.

¡Madre mía, qué guantazo! ¡Rompió una puerta!

O como exclamó Michaelleen Oge Flynn en la película: «¡Homérico!».

El pub no era tal pub, sino una tienda de recuerdos del largometraje: fotos y vídeos del filme, calendarios, camisetas, llaveros, imanes de frigorífico, abrebotellas, artilugios y chucherías de todo tipo...<sup>5</sup> Me arrimé al mostrador a charlar con el dueño. Se llamaba Sean Murphy y tenía setenta y tres años.

—Aquí no se sirvió nunca una pinta de cerveza. Ésta

5. La última vez que visité Cong, en el verano de 2012, la tienda ya era por fin un pub, el Pat Cohan. Dentro, en un espacio del lado izquierdo, se había creado un ambiente igual al del interior del pub de la película, un interior que se rodó en unos estudios de Hollywood.

fue siempre una tienda de ultramarinos. Y yo la compré más tarde y puse esta tienda de souvenirs de *El hombre tranquilo*.

Rió:

—¿Quién diría que un tipo tan feo como yo iba a ganarse la vida con el cine?

—¿Se acuerda del rodaje? —pregunté.

—¿Y quién no? Todos los vecinos de Cong hicimos de extras y nos pagaron por ello. Estuvieron dos meses por aquí y el dinero que dejaron le vino muy bien al pueblo. Pero, sobre todo, fue muy excitante participar en la filmación.

—¿Por qué cree que Ford eligió el condado de Mayo para el filme?

—¡Dios nos ayude, no tengo ni idea! Tal vez sus ancestros eran de por aquí...<sup>6</sup>

Buscó una fotografía de la secuencia en que Danaher cae al río tras el puñetazo de Thornton, y puso el dedo sobre el rostro de un muchacho que sigue la pelea.

—Este chico era yo. Me pagaron dos dólares por hacer de extra.

Me miró ufano:

—Es un orgullo formar parte de la historia de Irlanda.

—Y de la historia de Hollywood.

—Bah, eso queda muy lejos... Me gusta que mis nietos me vean en la película y se sientan orgullosos de su abuelo.

Shawn Kelvin, un risueño muchacho de diecisiete años de edad, marchó a Estados Unidos en busca de fortuna,

6. Según cuenta Heinrich Böll en su *Diario irlandés*, siempre que en una conversación se cita al condado de Mayo, los irlandeses exclaman: «*God help us!*» (Dios nos ayude). Por lo que se refiere a John Ford, su padre era de Galway, y su madre, nacida en una de las islas Aran.

como muchos otros de su pueblo. Y quince años más tarde regresó a Kerry. Y si había logrado o no fortuna, nadie pudo saberlo. Él era un hombre tranquilo al que no le gustaba mucho hablar de sí mismo ni de lo que había hecho.

Así comenzaba un relato publicado, el 11 de febrero de 1933, en la revista americana *The Saturday Evening Post*. Se titulaba «El hombre tranquilo» y lo firmaba un desconocido escritor irlandés llamado Maurice Walsh, que recibió 2.000 dólares por la publicación de su obra, una considerable suma para la época. La historia impresionó a muchos miles de lectores en América, entre ellos a un director llamado John Ford, que dió a Walsh en 1936 un adelanto simbólico de 10 dólares mientras intentaba captar el dinero suficiente que le permitiera llevar el relato al celuloide: tardaría quince años en conseguirlo.

En agosto de 1933, el cuento se publicó en Irlanda, en el *Chamber's Magazine*, y dos años después, Walsh lo incluyó en un libro de historias cortas titulado *Green Rushes*. Es un libro singular, pues todas las historias se entrelazan. Muchos de sus protagonistas son antiguos miembros del IRA, combatientes en los días de la guerra de la Independencia contra Inglaterra (1919-1921), entre ellos Shawn Kelvin. Y varios aparecen en la película de Ford, como el mayor Hugh Forbes.

El argumento del primer relato y el del cuento integrado en el libro *Green Rushes*, el titulado «El hombre tranquilo» es, en sustancia, el mismo: el irlandés que ha pasado por América, ha labrado su fortuna como boxeador y regresa a Irlanda para descansar. Pero los nombres de algunos de los personajes cambiaron. Shawn Kelvin, «el hombre tranquilo», pasó a llamarse Paddy Bawn Enright, y la familia O'Grady

del relato primero (los hermanos «Red» Will y Ellen Roe) se transformó en los Danaher.

Luego, en el filme, las cosas siguieron cambiando. A Paddy (el John Wayne del cine), Walsh le atribuyó en el nuevo relato treinta y dos años de edad, «todavía bastante joven para el amor y para la guerra». A Ellen (Maureen O'Hara en la película) la situó en los veintiocho años, «una edad algo tardía para casarse», aunque al verla, «ningún joven de la región lo diría». No obstante, los actores de la película eran algo mayores: John Wayne tenía por entonces cuarenta y cinco años y Maureen O'Hara, treinta y dos. Sin duda, él era ya un poco viejo para la guerra, y ella andaba cerca de pasarse del punto de cocción, como el arroz.

Otra diferencia entre libro y filme es que el boxeador protagonista del primero era un peso wélter, en tanto que el del largometraje era un peso pesado.

Maurice Walsh nació en el norte del condado de Kerry, en el sudoeste de Irlanda, en 1879, y murió en su residencia de las afueras de Dublín en 1964, convertido en un autor famoso. Su padre, John Walsh, poseía una granja donde cuidaba caballos y era un apasionado de la lectura. Como no le gustaba mucho el oficio de ganadero —John se veía a sí mismo como una especie de lord campesino—, para ocuparse de los trabajos del campo contrató a un joven singular, callado y tranquilo, llamado Paddy Bawn Enright, que fue el gran amigo de la infancia de Maurice y con cuyo nombre, como homenaje, bautizó al protagonista de su más conocida obra. Aunque Paddy jamás viajó a América, era un buen boxeador, como casi todos los jóvenes del norte de Kerry, la tierra en donde nacieron los padres de John L. Sullivan, el primer campeón del mundo de los pesos pesados.

Mientras Paddy trabajaba con desnudo la tierra, Mauri-

ce crecía en una atmósfera literaria, buceando en la extensa biblioteca de su casa entre los clásicos de la literatura inglesa. Además de eso, su padre le despertó un hondo interés por las leyendas, el folclore y los mitos del mundo celta, lo que le convirtió en un encendido nacionalista irlandés.

El norte de Kerry es un lugar peculiar dentro de Irlanda. La afición a las carreras de caballos y las apuestas llega a cada pequeño pueblo y hay decenas de hipódromos en el condado. Pero hay otra característica singular de la región: su pasión por pelear. Dicen que, hasta hace pocos años, era habitual en Kerry que, cuando surgía una pelea entre dos personas, incluso los trenes se detuvieran y los pasajeros comenzaran a cruzar apuestas sobre el resultado del combate.

Kerry tiene un pasado belicoso. En el condado, no sólo era tradicional el boxeo, sino que desde hace más de dos siglos y hasta que fueron prohibidas tras la independencia (1922), se celebraban peleas masivas entre familias y clanes, con la intervención de cientos de personas en las batallas. Estos combates estallaban de pronto, por cualquier motivo, en cualquier lugar y circunstancia: en el curso de un entierro, o en el mercado, o en una feria de ganado, o en una carrera de caballos. Y los contendientes empleaban bastones, palos y piedras en la lucha. El resultado era docenas de muertos y cientos de heridos. Las autoridades inglesas hacían la vista gorda ante estos sangrientos combates, en la creencia de que servían como válvulas de escape para una sociedad potencialmente revolucionaria como la irlandesa.

La más famosa de estas contiendas tuvo lugar en junio de 1834, cuando las facciones de los Cooleens, Mulvihills y Lawlors se enfrentaron al término de la tradicional fiesta de juegos y carreras de Ballyeigh, en la frontera de los condados de Kerry y Tipperary. Mil doscientos Cooleens cruzaron

el río Cash para enfrentarse a unos dos mil Mulvihills y Lawlors. Las peleas con garrotes y piedras produjeron al menos veinte muertos, aunque se piensa que el número final de víctimas mortales fue mucho más elevado, a causa de los numerosos heridos que perecieron en los días siguientes. No hubo investigación policial ni persona alguna fue detenida. Y en los años posteriores continuaron las luchas, hasta que en 1856 el festival de Ballyeigh tuvo que ser suspendido y trasladadas sus celebraciones a la localidad de Listowel, al este del condado. Una placa en Ballyeigh recuerda todavía aquella famosa «Faction Fight» de 1834.

En ese ambiente de peleas, nacionalismo a flor de piel, tradiciones arraigadas, amistades masculinas, literatura y no poca cerveza, se fue curtiendo el joven Walsh. Y ése es el espíritu que rezuman sus libros y que transpiran los relatos agrupados alrededor de *El hombre tranquilo*. Y ése es también el ambiente que plasmó el americano-irlandés John Ford, lírica y dramáticamente, en la película del mismo nombre, uno de los más hermosos filmes de la historia del cine. Ford, que se sentía tan americano como irlandés, viajaba a menudo a Galway en sus vacaciones y era un acérrimo partidario del IRA.

Aunque la historia de Walsh transcurre en Kerry, John Ford la situó en un lugar ideal: la isla de Innisfree. El sitio no existe como tal, sino que es una creación del poeta y premio Nobel William Butler Yeats, que situó su poema «La isla del lago de Innisfree» en un islote deshabitado del lago Gill, en el condado de Sligo, conocido por el nombre del Isla del Gato. El poema de Yeats hace del lugar un símbolo lleno del bucolismo del alma irlandesa y de la juventud perdida. Y algo así es lo que Ford pretendía encarnar en su película: el lirismo de Irlanda y el viento de la juventud.

*Me levantaré y partiré ahora hacia Innisfree  
y allí alzaré una cabaña de arcilla y zarzas:  
tendré nueve surcos de judías y una colmena de miel;  
viviré en soledad con el rumor de las abejas.<sup>7</sup>*

*[I will arise and go now, and go to Innisfree,  
and a small cabin build there, of clay and wattles made:  
nine bean-rows will I have there, a hive for the honey-bee,  
and live alone in the bee-loud glade.]*

Después de comprar a Walsh, en 1936 y por 10 dólares, una opción para el rodaje del filme, John Ford llegó a un segundo acuerdo con el escritor unos años después, entregándole 2.500 dólares por la compra de los derechos de la obra para llevarla al cine. El contrato final se cerró en 1951 y Walsh percibió otros 3.750 dólares.

La película se estrenó en Dublín en mayo de 1952 y en Estados Unidos en agosto, y pronto se convirtió en un éxito de taquilla. El filme recibió siete nominaciones para los Oscar, logrando dos, el del mejor director y el de la mejor fotografía en color.

Por supuesto que los beneficios de la película fueron enormes: millones de dólares. Y como es natural, Maurice Walsh, que había recibido en total algo más de 6.000 dólares por los derechos de la obra, estuvo pleiteando hasta su muerte por lograr más dinero, al tiempo que se quejaba de que su historia había sido alterada en su esencia por el guionista, ni más ni menos que el gran Frank S. Nugent. Sus descendientes continuaron con el pleito, sin éxito ninguno

7. El poema de Yeats lo aprenden a recitar todos los irlandeses desde niños. «Innis» es isla en gaélico, y «free» quiere decir libre en inglés. De modo que la palabra vendría a significar Isla Libre.

por ahora. No obstante, su libro, gracias a Ford, vendió cerca de medio millón de ejemplares.

En todo caso, *El hombre tranquilo* es uno de esos pocos casos en los que el filme supera a la obra literaria en la que se ha basado.

Salí de Cong pasado el mediodía. Y unos kilómetros después, me detuve junto al lago Mask, en la solitaria carretera que va hacia Leenane. Un par de islotes cubiertos de matas y de árboles parecían flotar sobre las aguas como extrañas naves. El aire era dulce y templado, no llovía y, entre las nubes, dibujaba su curva un nítido arcoíris. Oí los silbos alegres de un ruiseñor. Sentí que aquel bello entorno no nos pertenecía a los hombres. Y se me ocurrió pensar que, algún día, deberíamos devolver la tierra a los pájaros y a los árboles.

Atravesé el llamado Joyce Country, una hosca región al norte de Connemara donde los vientos atlánticos baten con furor, desnudando de bosques las llanuras y lacerando las graníticas montañas. Me dirigía a la isla de Achill, uno de los escenarios más salvajes de la costa occidental irlandesa. Y pensaba dormir de camino, en Westport, la ciudad donde ahora, ocho años después, escribo mis recuerdos de aquel viaje de 2004.

Me detuve a comer en Leenane, una población que, en realidad, es poco más que una intersección de las carreteras que llevan a Galway, Clifden y Westport. Al aire libre, en una terraza que me acogía como único cliente, me di un pequeño homenaje con una pinta de cerveza, media docena de ostras y un *Irish stew*, contemplando la belleza del fiordo de Killary, una lengua de acerado mar encogida entre rudas montañas tapizadas de verde.



A la noche, en Westport, me fui a escuchar música a un pub. Cantaba un tipo acompañándose tan sólo de su guitarra:

*He sido un salvaje vagabundo por muchos años  
y he gastado todo mi dinero en whiskey y cerveza [...].  
Iré a casa de mis padres a confesar lo que he hecho  
y pediré perdón para su hijo pródigo.  
Y si ellos me acarician como a menudo hacían tiempo atrás,  
seguro que no volveré a ser un salvaje vagabundo.*

*[I've been a wild rover for many's a year  
And spent all my money on whiskey and beer (...).  
I'll go home to my parents, confess what I've done  
And I'll ask them to pardon their prodigal son.  
And if they caress me as oftentimes before  
Sure I never play the wild rover no more.]*

Me incorporé al coro de voces de los parroquianos cuando el cantante acometió el estribillo:

*Y no, nunca, nunca más,  
volveré a ser un salvaje vagabundo.  
Nunca más.<sup>8</sup>*

*[And it's no, nay, never, no nay never no more,  
Will I play the wild rover, no never no more.]*

8. En *The Wild Rover*, canción ya citada antes, el estribillo lo acompaña siempre el público, con sus voces, dando tres golpes rituales con la palma de la mano en la mesa.

El cielo se enfureció la mañana siguiente y salí de Westport bajo un cortinón de lluvia, rumbo al norte, hacia la isla de Achill. Había leído mucho sobre el lugar, uno de los más agrestes y aislados de Irlanda, y, por supuesto, conocía bien el *Diario irlandés* de Heinrich Böll, que pasó varios veranos en la pequeña localidad de Doogort. A la isla la llaman a menudo la Isla de los Santos, ignoro por qué, y lo de Achill le viene de la gran cantidad de águilas marinas que anidaban antiguamente en sus costas rocosas, ya que el término tiene su origen, al parecer, en el gaélico «Acaill», derivado de la palabra latina «Aquila». Pero hace ya más de un siglo que no vuela ninguna águila sobre sus escarpadas costas y anchos playazos.

Achill es una isla, pero bien podría ser denominada península, pues la separa del resto de Irlanda una lengua de agua que no llega a los cien metros, sobre la que se construyó un puente a finales del siglo XIX. No obstante, al cruzar ese puente, uno tiene la impresión, o al menos yo la tuve, de que entra en un universo diferente al que acaba de dejar atrás: largos campos pardos, altas montañas al fondo, árboles vencidos por el viento, olor a turba y algas marinas, gordas gaviotas y desgarbados cuervos jugando en el aire con la lluvia y el viento, piedra, mar infernal... Achill es una geografía de otras edades, un resto de civilizaciones de bronce y hierro, la violencia neolítica sobreviviendo en pleno siglo XXI.

Y el furioso clima, la torva grisura del cielo, las tormentas inclementes, los vientos enloquecidos... Escribe Böll: «Aquí la lluvia es absoluta, grandiosa y terrible. Llamar mal tiempo a esta lluvia es tan impropio como llamar buen tiempo a un sol abrasador».

Circulaba por una estrecha carretera cercada por el temporal, entre praderas yermas teñidas de un verdor sombrío, ocasionales casas alejadas las unas de las otras, campos de turba y rocas siderales. Las sombras de las dos grandes montañas del oeste de la isla, Slievemore (671 metros) y Croaghaun (667 metros), apenas dejaban ver sus lomos entre la cortina de la niebla y el agua. Tenía la sensación de encontrarme solo, en un mundo vacío de seres humanos.

El mar batía salvaje cuando me detuve en la ancha bahía de la entrada del poblado de Keel. No bajé del coche, pero durante un rato contemplé la curva de la playa y el océano cabreado. De allí, hasta hace no muchos años, los hombres de Achill salían por las mañanas con sus frágiles *currags* a arponear tiburones. Después de izarlos a bordo, uno por uno, les extraían el hígado a cuchillo y devolvían el cadáver al agua. Según cuenta Böll en su *Diario*, cuando la marea se retiraba, toda la extensión de la bahía aparecía cubierta de tiburones muertos y medio enterrados en el fango.

El hígado de tiburón se ha utilizado siempre, y se sigue utilizando, por sus propiedades terapéuticas, alimenticias y cosméticas. Entre otras cosas, es una buena fuente de energía, tiene propiedades inmunológicas y resulta benéfico para la piel. Pero la industria declinó en Achill y, con ella, desapareció la peligrosa y despiadada pesca.

Seguí la carretera hasta Dooagh y luego traté de continuar por la que se elevaba en dirección a las alturas de Achill Head, a cuyas faldas ruge el océano y «ya sólo hay agua hasta Nueva York», como escribe Böll. Pero lo cierto es que sentí miedo de circular por una vía tan estrecha, abierta al precipicio por su lado izquierdo, con un viento atroz sacu-

diendo los costados de mi coche. Y me di la vuelta, regresé a Keel y tomé la dirección de Doogort, una aldeïlla del lado norte de Achill en donde Böll pasó varios veranos con su familia.

Doogort era una desangelada localidad de casas blancas con tejados grises. Desde la altura veía el mar abalanzarse contra las rocas de la costa, como si quisiera destrozarlas a bocados. No había ningún hotel abierto en el que pasar la noche y el único pub de la pequeña localidad también estaba cerrado. Parecía un pueblo abandonado, o al menos el más desolado lugar del planeta habitado por humanos invisibles, y no había nadie cerca que pudiera indicarme cómo dar con el *cottage* en donde vivió el escritor. Me pregunté cómo podía gustarle a Böll aquel sitio. No obstante, sabiendo que había vivido en Alemania bajo el nazismo y servido como soldado del ejército alemán en el frente ruso durante la Segunda Guerra Mundial, cualquier otro lugar de la Tierra debía de parecerle Jauja.

Llovía a mares, así que regresé a Keel en busca de alojamiento y allí pude dar con un Bed and Breakfast que ofrecía habitaciones y tenía pub propio. Había unos pocos parroquianos cuando entré a tomarme una pinta de cerveza y pedir algo de comer. Se cruzaban miradas teñidas de cierto asombro, como si se preguntaran cómo era posible que aconteciera lo que sucedía allá fuera. Desde la ventana se veía flamear una bandera irlandesa, deshilachada por las dentelladas del viento.

Un cliente con pinta de garrulo se levantó al poco de llegar yo, se enfundó en un impermeable, sacó un cigarrillo y abrió el paraguas para salir afuera a fumar. Otro parroquiano se volvió sonriente hacia él:

—*Smoking in the rain?*<sup>9</sup> —preguntó parafraseando el título de la famosa canción.

Le reímos la gracia boba. Todos teníamos ganas de sentirnos alegres.

El día amaneció sin lluvia, pero con un cielo turbio y un ventarrón pavoroso que casi te arrancaba las buenas ideas del cerebro y los sentimientos nobles del corazón, porque el viento empuja a la violencia, a la brutalidad y al rencor. El mar seguía rugiendo, alborotado y oscuro. Tomé de nuevo la dirección de Doogort, por la carretera que trepa entre los cerros, pedregosa y desprovista de vegetación salvo en humildes espacios de hierba agazapada. Ovejas de cara negra, con los lomos pintados de rayas azules o rojas como signos de la identidad de sus rebaños, se refugiaban entre las rocas tratando de protegerse del aire.

Di con un paisano al entrar en el pueblo y me señaló un recodo del camino en el que parecía esconderse una casa blanca. Me bajé del coche y me acerqué. Una placa recordaba el paso de Heinrich Böll por el lugar. Un cartelito señalaba que la casa era ahora residencia de escritores y pedía: RESPETE LA TRANQUILIDAD DE LOS ARTISTAS.

¿Y a quién demonios, en aquel lugar vacío, silencioso y melancólico, se le ocurriría quitarle la tranquilidad a otro? ¡Qué espanto! No parecía habitado por nadie en ese momento. Pensé que nunca en mi vida me alojaría en un sitio semejante para escribir. Y me volví a preguntar qué podría gustarle a Böll de Doogort.

9. Alusión a *Cantando bajo la lluvia* (*Singing in the Rain*), el tema más conocido del famoso filme del mismo nombre, interpretado por Gene Kelly y Debbie Reynolds y codirigido por el primero y Stanley Donen.

Pero lo justifiqué de nuevo al acordarme del nazismo y del frente de Stalingrado... ¡Pobre Böll! Debió de sentir la lluvia de Irlanda como una cura para su juventud maltratada por la intolerancia y el terror.

Y me dije: «¡Benditos sean Böll y la lluvia de Achill!».

Me iba de la isla. Al cruzar el puente sobre el Achill Sound que lleva a la península de Carrau, me sentí como el superviviente de un terrible naufragio. Los barcos pesqueros se refugiaban en la bocana del pequeño puerto mientras fuera, en mar abierto, olas que parecían surgir del infierno disuadían a cualquier buque de echarse a navegar. Recordé una canción: *The Mermaid*, la Sirena.

*Era un viernes por la mañana cuando comenzamos a navegar  
y no estábamos lejos de tierra firme  
cuando nuestro capitán vio a una sirena  
con un peine y un vaso en la mano.  
Y las olas del océano rodaron y los vientos tormentosos soplaron  
y los pobres marineros brincamos en lo alto del barco,  
mientras los marineros de agua dulce permanecían tendidos  
abajo...  
Entonces habló el capitán de nuestro valiente barco,  
un viejo y magnífico hombre:  
«La sirena me ha avisado sobre nuestra condena.  
Nos hundiremos en el fondo del mar».  
Y las olas del océano rodaron y la tormenta y los vientos so-  
plaron...  
Tres veces giró nuestro valiente barco  
hasta hundirse en el fondo del mar.<sup>10</sup>*

10. Una balada de mediados del XVIII. Recoge una vieja superstición

*[It was Friday morn' when we set sail  
And we were not far from the land,  
When our captain he spied a mermaid so fair  
With a comb and a glass in her hand.  
And the ocean waves do roll and the stormy winds do blow,  
And we poor sailors are skipping at the top  
With the landlubbers liyin' down below...  
Then up spoke the captain of our gallant ship  
And a fine old man was he:  
«This fishy mermaid has warned me of our doom.  
We will sink to the bottom of the sea».  
And the ocean waves do roll, and the stormy winds do blow...  
Then three times around spun our gallant ship  
And she sank to the bottom of the sea.]*

---

marinera según la cual, si se avista una sirena, es premonición de naufragio seguro.